

Reportaje

Tecnología cibernética: ¿Herramienta o esclavitud?

Yolanda Zamora

“Este es el árbol de la ciencia del bien y del mal”, recuerdo haber pensado al situarme, por primera vez, frente a una computadora y experimentar, en un *click*, la posibilidad de acceder a prácticamente todo el conocimiento humano. Al menos, ésa era la proclama. Basta ubicar un buscador, escribir unos cuantos caracteres sobre el tema de indagación y la mente cibernética se encarga, en segundos, de “vomitar” todo tipo de conocimientos: ciertos, falsos, documentados, inventados, reales, ilusorios, verdaderos o manipulados, académicos o improvisados.

Con cuánta frecuencia se nos olvida que **la riqueza de la herramienta depende de la inteligencia humana que la utiliza**, y de su capacidad para ponderar, discernir, determinar, tomar o desechar aquello que es conocimiento verdadero, de la basura, la propaganda o simplemente, lo desechable. La facilidad de informarnos y bajar un documento no supe, evidentemente, el estudio, los libros, la preparación y cultura que toda persona necesita, especialmente para emplear con inteligencia y aprovechamiento una herramienta excelente, ciertamente, como es la computadora.

Vivimos tiempos vertiginosos, en los que la tecnología digital, siempre nos sorprende, rebasa y deslumbra, estratégicamente actualizada y presentada en forma por demás atractiva, lo que ha venido conformando un mercado cautivo, anhelante del más innovador y sofisticado producto. La mercadotecnia ‘zanahoriza’ al consumidor que, en ocasiones, llega a obsesionarse por alcanzar la versión más moderna del artilugio.

Lo que una vez fue ciencia ficción se ha convertido en una realidad dinámica que nos exige re-aprender constantemente, re-actualizar nuestros saberes, re-invertir nuestro tiempo y presupuesto, sin lo cual habremos de sentir que “estamos fuera de la jugada”. Como si ello no fuera suficiente, el consumidor experimenta un *plus* que tiene que ver con el “prestigio social”, al pertenecer al grupo de los que “sí pueden” adquirir el aparato más costoso en su versión más actualizada.

Con cuánta frecuencia vemos personas, sobre todo jóvenes, que traen su celular en la mano, a todas horas del día, como un apéndice de su propio cuerpo y sin el cual parecería que no pueden vivir. ¿Argumentos para ello?: “Lo necesito para mi trabajo”, “es una llamada urgente que debo atender”, “estaba esperando este correo”, “lo traigo por motivos de seguridad”, “necesito subir esta *selfie*”. Y no dudo de que en algunos casos estos argumentos tengan fundamento, pero no es posible que, con toda falta de respeto, los celulares interrumpan la comida familiar, el concierto, una liturgia, una conferencia...o incluso, la concentración del conductor de un vehículo. La cifra de accidentes por esta causa ha aumentado considerablemente, según los reportes de vialidad.

Antes de seguir en estas consideraciones quiero dejar muy claro que sería una necesidad de mi parte, sin duda, descalificar o negar la importancia de estas herramientas desarrolladas

por la prodigiosa mente humana; pero, **el prodigio se refiere al desarrollo y creatividad de la mente humana** y no a los aparatos y a la mercadotecnia que de ello se deriva.

Evoquemos, por contraste, los años setenta del siglo pasado: en cada hogar había un solo teléfono instalado en un lugar estratégico. Era el teléfono de la familia. Había también, en el mejor de los casos, un solo aparato de televisión. La familia se reunía alrededor de la pantalla a ver sus series favoritas o el partido de fútbol de su equipo; pero todos juntos, departiendo. Había también un solo auto para toda la familia y los fines de semana se acostumbraba a ir todos de día de campo, hacia las afueras de la ciudad, bajo un árbol o junto a un arroyo. Todo era compartido.

En la actualidad, basta observarlo, salvo respetables excepciones, cada miembro de la familia tiene su propio teléfono celular, incluso los niños, cada vez a más temprana edad. Cada miembro de la familia posee su propia pantalla personal, computadora, *tablet* o *laptop*, y se encierra en su cuarto durante horas, sin que nadie esté autorizado a interrumpir su esfera personal digitalizada. Y, claro está, cada miembro de la familia es premiado – cuando la situación económica lo permite - con un auto propio, aunque haya cinco o seis autos en la familia y no exista más lugar para aparcarlos. ¿Y las salidas de fin de semana? Bueno, si coinciden los ánimos, suelen visitar el *mall* de moda.

Estamos viviendo el individualismo en su máxima expresión.

No se trata de una ociosa añoranza o un pensar que todo tiempo pasado fue mejor. No. Cada época tiene sus propios afanes, sus propias alegrías y sus propios retos. Pero, ¿no vale la pena, al menos, cuestionar el uso y abuso de la tecnología cibernética, ya que estamos inmersos en ese mundo, sin el cual parece que no existimos? ¿Hasta qué punto estamos hablando de una tecnología al servicio del hombre, o del ser humano esclavizado por la tecnología? ¿Es suficiente un *click* de “me gusta” para responder responsablemente a los retos de la realidad?

Sé que algunos lectores podrán calificar esta reflexión de alarmista y/o exagerada. Lo respeto. Pero, créanme, quisiera estar exagerando. Subyace en este texto una gran preocupación, ante hábitos cada vez más presentes que podrían terminar por atrofiar la capacidad del hombre de hacerse cargo de su realidad, de construirla, de pensar, de prepararse, de generar su propia palabra en lugar de sólo replicar la de alguien más, de recrear su realidad en el arte, de vivir su libertad y elegir... Lo más grave: **corremos el riesgo de perder la capacidad maravillosa de relacionarnos con el otro**, frente a frente, de mirar, de tocar, de sentir, de sonreír, de jugar incluso, de expresarnos en forma única, cada ser humano irrepetible, en lugar de replicar, y repetir ideas que van vienen, como papel volante, en la internet.

Es válida, me parece, nuestra preocupación. Hace un par de semanas fui testigo de un episodio que me dejó helada: asistí a una reunión de vecinos, y una joven madre llegó empujando una carriola con una preciosa niña de poco más de un año y medio, ojos negros y vivarachos, cabello ensortijado, sonrisa chispeante. La madre tomó su lugar al final de la línea, junto a la carriola, mientras la pequeña hacía unos simpáticos ruidos con la boca mirando curiosa a su alrededor. Entonces, para mantenerla entretenida, la madre sacó de su bolso un celular, de esos que se suelen llamarse “inteligentes” y lo entregó a la chiquita. La niña lo tomó, lo encendió con sus deditos, lo desbloqueó... y entró a *youtube*; movió su

dedito índice y empezó a interactuar con la pantalla, de un video al otro y luego al otro. Por casi dos horas, la chiquita ensimismada, miró la pequeña pantalla que, en ese momento, fue todo su mundo. Al término de la reunión, no pude evitar alcanzar a la madre y decirle:

-Estoy impresionada con tu pequeña, es muy inteligente...

-¡Sí, verdad...! –me interrumpió- debo desarrollar en ella este talento.

-Sí –le dije- pero...ahora te toca desarrollar su capacidad de estar en el mundo real, de reconocerse en la mirada y la sonrisa del otro, de disfrutar su realidad, de oler, de sonreír, de cantar, de sentir... de vivir... de ser feliz...

Me miró abriendo mucho los ojos. No estoy muy segura de que mi comentario (no pedido) le hubiese parecido bien, pero no pude evitar pensar en cuántos niños están siendo educados de esta manera. Sí, ciertamente, los niños del siglo XXI “ya vienen con ese *chip*”, por decirlo en lenguaje cibernético. Y tal vez, por desconocimiento, algunos padres los exponen, desde los primeros años, a estas tecnologías, creyendo hacerles un bien, pensando en darles, desde temprano, herramientas para su adaptación a la vida. Pero, ninguna escuela o corriente pedagógica avala el hecho de exponer a los niños menores de dos años a las tecnologías, es el inicio de una adicción que puede atrofiar la experiencia del conocimiento y disfrute del mundo real e incluso de su propia imaginación creativa, que emerge de la realidad misma.

El niño frente a una pantalla vive una experiencia de fascinación que le gratifica de inmediato, pero también lo enajena, aún antes de que el niño haya desarrollado la tolerancia a la frustración, el encuentro con el otro, la espera necesaria, la capacidad de compartir con los demás... y todos estos aprendizajes amorosamente impartidos en familia.

El pequeño debe recibir alternativas que le conduzcan hacia ser más humano, como encontrarse con la sonrisa del otro, escuchar el trino de los pájaros, jugar con tierra mientras corre descalzo, oler una naranja, compartirla, sentir la lluvia en su piel... Los pequeñitos van aprendiendo con base en relación humana, y no interactuando con una pantalla.

Antes, en la segunda mitad del siglo XX, se hablaba de la televisión como “la nana electrónica” que mantenía a los chiquitines tranquilos, frente al televisor. Ahora, peor aún, es el celular quien ha tomado este papel, la nana-celular digital que los mantiene quietos, fascinados, callados y... alejados del mundo. ¿Es esto justo?

Afortunadamente, siempre existirá la contraparte: los padres conscientes y atentos al sano desarrollo del niño, con base en la relación de amor, cuidado, responsabilidad que establecen con sus hijos. Afortunadamente, existen los jóvenes que, más allá del uso del celular, la *tablet*, la computadora... saben que habrán de prepararse para aprovechar estas herramientas con inteligencia. Afortunadamente también, está el amor que ilumina, compromete, acompaña, desarrolla y perfecciona paso a paso, al niño, al joven, al adulto...

Afortunadamente, ¡el amor, que no tiene reemplazo digital!